

CINE

Tercera semana en la que el lote de estrenos es desolador. De trece películas estrenadas en Madrid, ni una sola merece la pena. De la comedia italiana a las películas "S", pasando por el sempiterno español, la cartelera continúa sin ofrecer una obra interesante. Parece que con el mes de marzo la cosa mejorará. Al menos se estrenará Superman, que siempre será interesante si quiera por su superlanzamiento, tan típico de las producciones americanas, que ya antes de su estreno consiguen crear una expectación considerable.

Siguiendo con Madrid —hay un tipo de centralismo imposible de superar por el momento—, anotemos que dos teatros —Arni-ches y Benavente—, que dejaron de serlo para ofrecer películas, no han aportado nada para los aficionados —y menos aficionados, que son felizmente los más— al cine. Se limitan a las películas "S" y cuando salen de ellas, como es el caso del primero, no se les ocurre otra cosa que poner "Don Camilo", una película basada en la famosa novela de Guareschi y que los censores que ahora ya no lo son, pero siguen cobrando, nos prohibieron sin que se les haya caído la cara de vergüenza. En cierta forma es una película eurocomunista, porque recordemos que se trata de la historia de un cura y un alcal-

de comunista de cualquier pueblo italiano, que discuten, pero son amigos.

En fin, el que quiera ver buen cine, que aproveche lo que de aceptable le ofrezca ese espantoso aparato llamado televisión, y aquel que viva en ciudades con Filmoteca o cines que organizan ciclos, vuelva a ver por segunda, tercera o cuarta vez —por primera si se lo perdió en su tiempo— los títulos de siempre. Todo sin caer, sin travestirse en rata cinéfila, en habitual bicho raro de filmoteca, que es algo que no merece la pena y hasta deforma físicamente.

"Fuerza 10 de Navarone"

Dentro del género bélico hay películas que cuentan historias de aventuras. En ellas, independientemente de los hechos de guerra en los que esas aventuras transcurren, se puede encontrar elementos que bien estructurados, bien narrados, consiguen atraer la atención del espectador. El resultado suele ser divertido y ameno. Recordada con muchos años de distancia, eso ocurría con "Los cañones de Navarone". No pasa lo mismo con "Fuerza 10 de Navarone", de Guy Hamilton. La repetición en el título del nombre Navarone parece que pretendiera aprovechar el ya lejano éxito comercial de la primera. Sin embargo, nada tienen que ver entre sí, a excepción de la referencia, que

"Fuerza 10 de Navarone", de Guy Hamilton.



"Tabú", de Sjöman.

al principio se hace a la hazaña de la destrucción de los cañones. La hace el general que ordena al grupo Fuerza 10 que emprenda una nueva misión.

La misión del comando es destruir un puente en Yugoslavia por el que los alemanes tienen intención de pasar para masacrar a los grupos de resistencia. En el mismo avión viajan dos hombres, cuya obligación es matar a un alemán infiltrado entre los partisanos. Y de paso, un médico negro, desertor del ejército yanqui. Lógicamente sólo consiguen llegar con vida el jefe del grupo Fuerza 10 y los tres invitados. Los cuatro vivirán una serie de peripecias que culminarán con la destrucción de una presa próxima al puente.

Hay momentos verdaderamente entretenidos. Pero sólo momentos. Porque los peligros que el grupo sortea muchas veces son irreales e increíbles, faltos de toda lógica. No hay intriga, no hay acciones espectaculares y es difícil mantener el interés a pesar de lo bien conseguido de algún personaje, como es el caso del dinamitero.

Por supuesto —es una película británica—, en ningún momento se analiza la guerra o la resistencia partisana. Estas sólo sirven como telón de fondo. Igual podían ocurrir los hechos en una guerra contra los chinos o contra seres extraterrestres, por poner dos ejemplos.

La realización de Hamilton es de telefilm. Se nota además que no ha tenido muchos medios. Sólo las escenas finales, cuando destruyen la presa, tienen cierta

espectacularidad, cierta acción bien conseguida y contada con ritmo. Es más bien poco. ■ EUGENIO LUQUIN.

"Tabú"

Un abogado sueco se especializa en clientes con problemas por sus particularidades erotófilas. Este abogado es un señor moreno, que siempre tiene una cara muy triste, muy triste. Sufre mucho el hombre. De pronto, una intrépida muchacha con cara de lela y sonrisa de anuncio de chicle se entremete en su vida. Al final se acaban casando. Es un calvario el matrimonio para la pobre mujer. A pesar de ver cada día a clientes de lo más raro —señores que les gusta acariciar sus partes mientras les hacen una foto, ejecutivos que se privan por los trapitos, travestis homosexuales, travestis heterosexuales, sádicos, masoquistas y un largo etcétera—, ella no se acostumbra a que su marido sea también un tanto especial. Pero al final acepta que se ponga la peluca color platino.

Esta es la historia. No es ni siquiera un porno. No merece ocuparse de ella. Pero ocurre que el anuncio de la película tiene mucha trampa. La califican como política cuando no lo es. Y luego dicen que Sjöman, el realizador, ha hecho un film en defensa de las minorías sexuales. Tampoco es cierto. Es una mediocridad nórdica, aburrida, confusa, reiterativa e insoportable. Sólo queda señalar que trabaja Viveca Lindfors y a la pobre

la hacen desnudarse y bailar. A pesar de todo, a pesar de lo que hay que hacer para ganarse la vida, es una buena actriz, una actriz excelente. ■ E. L.

"El regodeo"

En Italia gustan mucho las películas formadas por varias historias cortas realizadas por diferentes directores. En "El regodeo" son tres las historias y tres los equipos técnicos.

La primera, dirigida por Nanni Loy, es la más floja de las tres. Un guionista dicta un guión a una mecanógrafa. Y por poco vemos el guión entero. Lo que dicta —el título es "La máquina del amor"— es la historia de una muchacha que va buscando un hombre que además de acostarse con ella la quiera de verdad. Y tras innumerables aventuras eróticas, decide suicidarse porque no encuentra al hombre de su vida. Luego resulta que no era una mujer, sino una máquina. La mecanógrafa vive con intensidad la historia, y cuando al final parece que será seducida por el guionista se marcha a atender a su marido enfermo. Aburre al más paciente.

La segunda historia, dirigida por Luigi Magni, tiene ya más garra. Unos reclusos se amotinan y toman como rehén a un guardián, al que amenazan con sodomizar si no va el ministro del ramo a atender sus reivindicaciones. Es irregular, pero hay situaciones divertidas.

Sin lugar a dudas, la tercera es la mejor parte. Realizada por Luigi Comencini, "El equívoco" es divertida y las situaciones, que se suceden a un ritmo que se agradece, están resueltas con frescura y con un gran sentido de la realización cinematográfica. Sin que haya hecho ninguna obra de arte, Comencini ha sabido sacar partido de la historia: un hombre espera una prostituta a domicilio, pero se le adelanta la cobradora de una editorial, que él toma por la primera. Mónica Vitti hace una interpretación excelente y demuestra una vez más ser una gran actriz de comedia.

Es una lástima que falle la primera parte. Porque si las tres historietas fueran tan buenas como la de Comencini, sin estar delante de una excelente película, "El regodeo" se podría recomendar sin reparos. Sobre todo, habida cuenta del resto de estrenos de estos días. ■ E. L.

ARTE

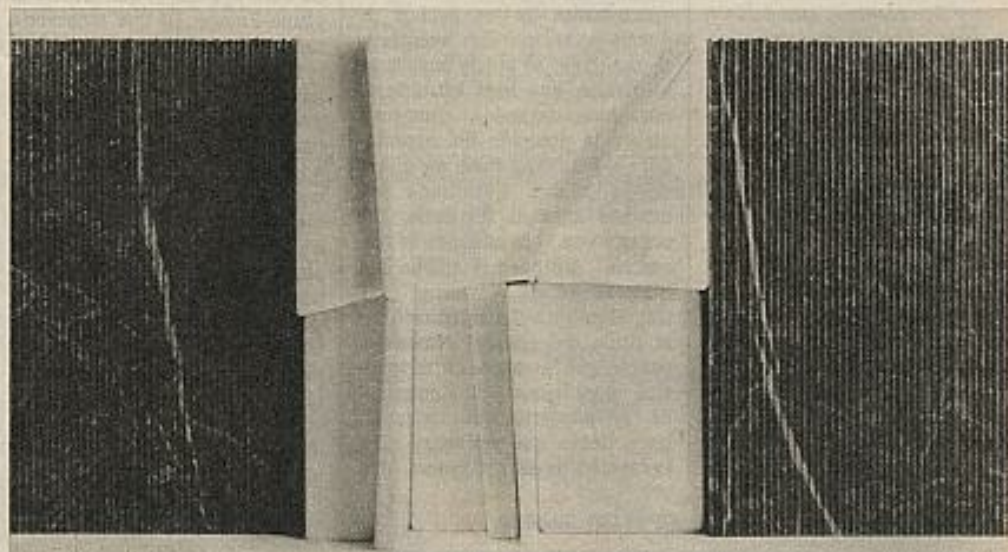
Ahora, al ver sus esculturas, me acuerdo que de ese alcazareño llamado Ramón Molina ya he visto yo otra exposición aquí mismo, en la galería Inguanzo. Y lo recuerdo, además, como tal personaje de Alcázar de San Juan. En la galería, además, me han confirmado que, efectivamente, yo fui a aquella exposición y la comenté en estas mismas páginas. Fue, por lo que dice el catálogo actual, hace dos o tres años. Quiero recordar que por aquellas fechas, ya estaba el joven Molina —porque aún es joven: ahora tendrá cuarenta años— dentro del mismo o parecido ideario escultórico en el que ahora se mueve.

Está bien que ahora, ante la exposición de Ramón Molina —al que personalmente no conozco—, nos encontremos perfectamente a solas con su obra, y por ella tenemos que conocerlo, a no ser que podamos intuir un indicio de definición a partir de esas dos palabras —esculturas-muros—, cuya asociación entre sí no es más que un guión horizontal, cuyo significado no acabo de colegir suficientemente. ¡Pero qué rica es nuestra lengua, cuando un pequeño problema como ese puede constituir efectivamente un problema expresivo! Porque si, en vez de un guión entre las dos palabras, evidentemente ya habría una coherencia si hubiera una simple "y" copulativa... o, menos aún, una coma. Pero...

Pero no. El signo es lo suficientemente ambiguo como una simple tilde horizontal. Y por ambiguo, yo lo tomo tanto como una

como ya queda dicho, juegan un papel decisivo en todas sus definiciones. Y las lineaciones redondas... y, por supuesto, las acciones inclinadas o quebradas de las lineaciones rectas. Pero hay algo que, para el sentido escultórico de Molina, parece decisivo: la acción sugerentemente cromatista de ciertas diferencias pétreas. Molina usa, por ejemplo, la diferencia entre un rojo y un blanco de los mármoles correspondientes a ello, traspasando a esos "colores" o matices lo que podía ser diferencia espacial o de una simple distancia. Pero permaneciendo fiel al geometrismo de las rectas y las curvas.

Yo creo que Molina es uno de los escultores a los que habrá que tener en cuenta para una posible antología de la escultura española. Su escultura no está forzada por ningún deseo a ultranza de originalismo. Se reduce a ese



Escultura de Ramón Molina.

Ramón Molina. "Esculturas-muros"

"Esculturas-muros", dice el catálogo de Inguanzo (1), como única explicación a la exposición escultórica de Ramón Molina. Y me parece muy bien eso de suprimir el casi consuetudinario pedazo de literatura, casi siempre laudatoria, con los que algunos casi profesionales de esa literatura, entre los cuales me encuentro, tratamos de introducir al presunto visitante de la exposición en el sistema del expositor.

(1) Galería Inguanzo, en Madrid.

"y" o como una simple "coma". Esculturas y muros, entiendo yo. Mejor aún: esculturas murales...

Porque, efectivamente, hay en la escultura de Molina —o por lo menos en gran parte de ella— una cierta supremacía horizontalista que, evidentemente, si ya no es muro o fragmento de muro en sí misma, parece exigir, por lo menos, el muro como soporte. No quiero decir que toda la escultura de Molina tenga el sentido horizontal. Incluso recuerdo la verticalidad de sentido de algunas de ellas, pero todas o casi todas tienen nostalgia mural.

Lo que sí tienen, evidentemente, es responsabilización geometrizable. La vertical y horizontal,

geometría básica de que hablo, pero creo que esa reducción es —considerando las cosas en conjunto— un servicio que hay que prestarle a la escultura del mundo.

Esperemos que ese escultor de Alcázar de San Juan realice, en unión de algunos otros que, como él, ya están en esa acción reivindicadora del geometrismo escultórico, ese servicio que la escultura está necesitando. Y a lo mejor puede realizarlo precisamente por vivir en Alcázar de San Juan, que hasta aquí no era nada más —para mí— que un pueblo de vinos, de quesos y, por supuesto, de enlaces ferroviarios. ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.